

Luis Alfaro

## Sin embargo, ha estado aquí

Sin embargo, *ha estado* aquí.

Presiento que *ha estado* aquí.

El día se anuncia luminoso por la rendija del portillo que ciega el ventanuco enrejado. Hará calor. El mismo de la víspera. Ese calor seco, huraño, que aturde a los vencejos.

En algún momento de la noche.

Lo sé porque he tenido especial cuidado antes de acostarme en retirar la silla, ocultándola debajo de la mesa. Y ahora la silla está en medio. La dimensión del cuartucho, la celda más bien, obliga a un cierto orden. Cama, armario, mesa, silla. La mesilla donde se oculta el bacín de porcelana al lado derecho de la cama. A la izquierda, el reclinatorio ante el crucifijo. Y la bombilla solitaria colgando descarnada de un techo demasiado bajo. Las rendijas de las paredes culebrean persiguiéndose.

¿Quién ha olvidado ese paquete de folios blancos que se encuentra sobre la mesa?

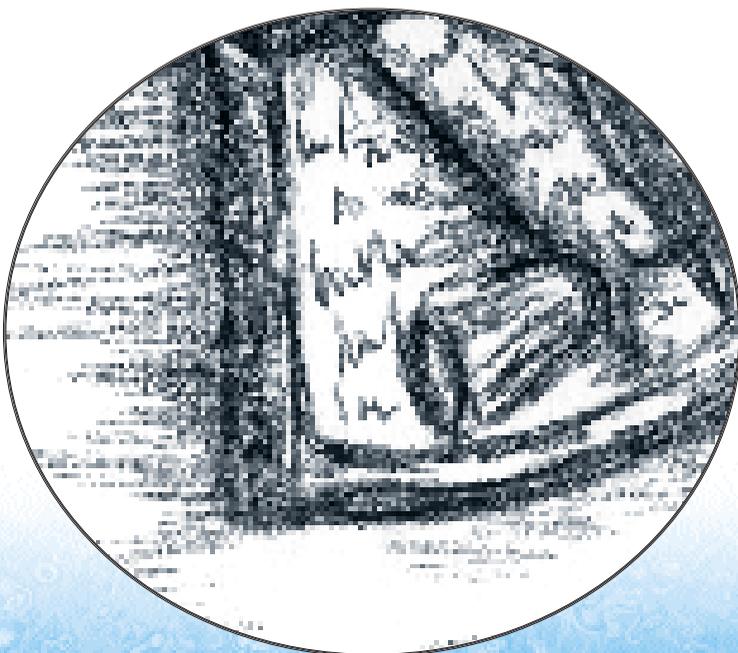
Nunca concluimos la hagiografía de Santa Rosa de Lima.

Nunca quiere decir nunca.

A él le faltó el tiempo que tampoco me ha sobrado a mí.

Ha debido de ser a eso de las tres. O acaso el reloj del campanario ha repetido tres veces la una. O fueron cuatro. Acaso cuatro. Estoy sudando, con la respiración algo más agitada. Y confundido. Es la cabeza la que de repente me pierde. Estoy aquí por mi propia voluntad. Necesito estar aquí. El goteo seco del reloj del campanario me ha devuelto a la realidad. Soy yo, estoy aquí, me llamo Juan Garmendia. Achaco mi cansancio al cúmulo de sensaciones, al pesado viaje en avión.

Soy yo, Juan Garmendia el hombre que viene a morir.



El cuarto está limpio. El suelo de madera está limpio, aunque cruja en alguna parte. Y en los ángulos de las paredes apenas se insinúan unas incipientes colgaduras de arañas. Un olor a tomillo se filtra desde fuera. A tomillo o a manzanilla.

Tengo cincuenta y dos años, una enfermedad incurable y un cansancio infinito.

Nada más.

Un miedo imposible.

He pedido que me acerquen un pequeño espejo de mano. Necesito rezarme a mí mismo, conversar con mi muerte. No me es dado quejarme: domino mis dolores. De siempre he pensado que cada hombre cataloga sus dolores de modo que sólo los nuevos y desconocidos le afectan. Pienso que nunca además me he quejado, quizá porque he carecido de tiempo suficiente para ello. Y no voy hacerlo ahora, cuando se me regalan estos días que son como las últimas astillas del árbol caído.

Me llamo Juan Garmendia. He sido joven, a veces engreído y muchas más indolente y altivo. Nacido en puerto de mar mi derrota concluye en secano, en esta cabeza de Castilla, primera en la voz y en la fe.

Por supuesto que extraño la cama. El colchón de lana me atrapa de un modo casi lascivo. Demasiado cómodo. Un abrazo poco menos que pecaminoso para alguien acostumbrado a dormir a la intemperie sobre suelos de pobreza.

No lo volveré a intentar.

Nada de tonterías, nada de cilicios, nada de esfuerzos que le acorten la vida. Dios no necesita de la estupidez humana para saberse Dios, recuérdelo.



Y aunque el hombre necesita cultivar su propia estupidez para sentirse más que hombre, a Dios le sobran parafernalias y artificios. Dios lo único que reclama es la camisa que le falta y que a otros les sobra. Pero usted ya no tiene camisa. Y dudo mucho que la haya tenido alguna vez.

De baja estatura y tan reseco como una encina muerta, al Padre Arenas le confunde ese gesto de media sonrisa en los labios que es una simple mueca obligada por el mal encaje en sus encías del diente de plata. Habla lentamente, como escupiendo una a una las palabras. Camina siempre un paso por delante. Conozco el silencio, la capilla, la extensa huerta con el pozo en medio. Siento un ligero estremecimiento al descubrir el pequeño cementerio al otro lado de la tapia.

Que ocurra en día de lluvia, digo. Porque allá de donde yo vengo la lluvia es un abrazo de Dios.

Usted va por libre. Queda liberado de cualquier regla. Puede entrar y puede salir. Puede acudir a la capilla o puede no hacerlo. Puede acompañar al resto de hermanos en sus oraciones o no. Lo único

que se le pide es que no nos enturbie. Que guarde la máxima discreción posible y que a esa discreción le añada usted las buenas dosis de silencio que el retiro, la salud y la buena educación aconsejan.

Y ahora, dígame, ¿cómo se encuentra?

Una frase amable. Cortés y amable.

Todos los barcos a punto de desguace contienen todavía partes servibles.

Eso espero, digo. Fuerzo la voz intentando ocultar mi renovado cansancio.

Los pájaros tienen la maldita costumbre de despertarle a uno cuando más necesita el sueño. También ellos van por libre. Será bueno que cierre el portillo hasta que se acostumbre. Es mejor habituarse a ellos que intentar espantarlos.

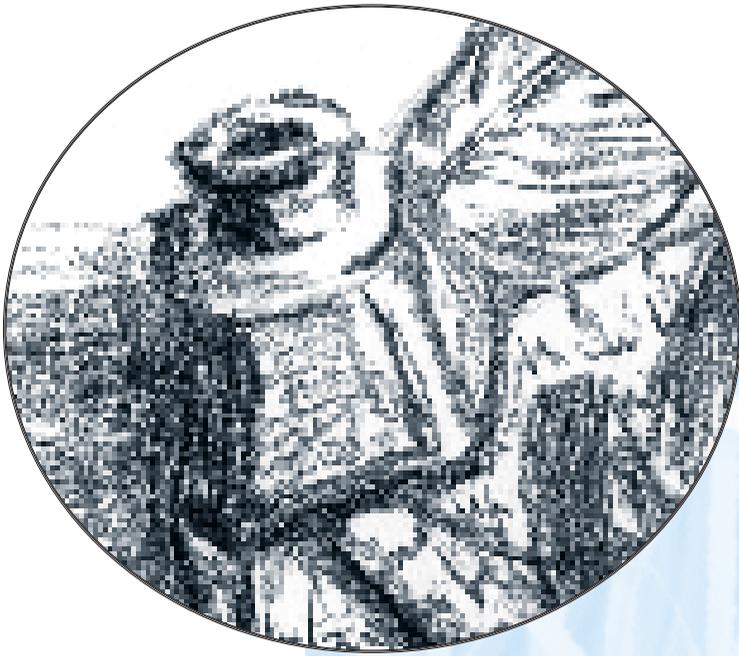
Haga uso de la esquila si le resulta necesario.

Siempre estaremos a su lado.

Cuando Aitá Mancisidor se presentó por vez primera en la capilla, dijo: aquí huele de mala manera, ¿con qué se lavan ustedes? Dijo: Aquí huele de mala manera o dijo simplemente: Aquí huele a mierda. Dijo también: No hagan de Dios un híbrido sin olfato y sin los otros sentidos. Abran ustedes de par en par las ventanas. Seguidamente, pellizcó rapé del relicario y se llevó los polvitos a la nariz. Y añadió: He venido a morir en esta tierra que fue mía obligado por quien nos obliga. Mi voluntad hubiera sido morirme entre los míos, que ya evidentemente no son ustedes. Soy un trasto viejo al que le han conferido la penosa obligación de dirigirles espiritualmente. ¡Qué barbaridad! Yo puedo enseñarles a abrir un pozo, a respigar a las cuatro de la mañana, a combatir la malaria, los piojos, la diarrea, a subsistir mascando raíces, bebiendo el agua de lluvia retenida en las hojas. Pero de Dios, ¿qué puedo enseñarles? Además, dudo mucho que les interese mi Dios. Mi Dios, que también es el suyo aunque ustedes lo desconozcan, aborrece los potingues y esas colonias amariconadas que ustedes se dan en los sobacos y seguro que también en la entrepierna.

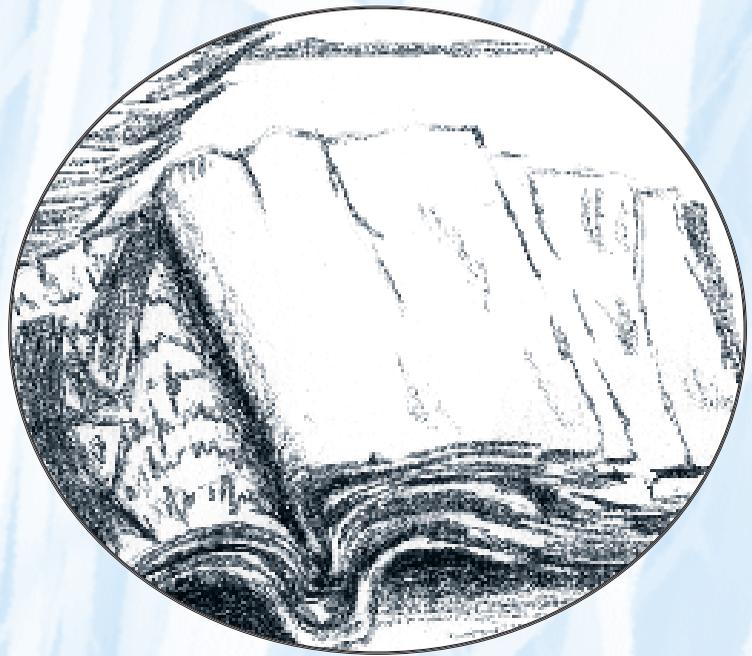
Mi Dios es un leproso. Mi fracaso consiste en que tampoco yo he sido capaz de sanarle su lepra.

Su imponente humanidad. Aquella manera peculiar de desplazarse a pasitos cortos, con la solemnidad de un patriarca retirado. La mirada clara, serena, incluso profunda. He venido a revolucionarles la esperanza. Voy a ponerles lo de abajo, arriba. Voy a venderles tantos enormes vacíos como los que ustedes puedan llenar.



Animo. Adelante. Demuéstrense a sí mismos que no sirven para gran cosa. Consigan emocionarse con sus propios fracasos. ¡Grítense sus miserias! Quien sirve para algo se olvida de servir para lo demás. Sólo en el fracaso se nos permite el tuteo con Dios ¿Por qué se ríen cada vez que menciono a Aristóteles? ¿Qué les ha hecho Platón que merezca tal algarabía? ¿Les sorprende, acaso, que un patán como yo utilice a los griegos de manera tan recurrente? Esperamos con ansiedad su respuesta. Sigo esperando. Juan Garmendia, ¿tiene algo que ver con Juan Garmendia? Sí, señor: es mi tío. Diga más bien el bastardo de su tío. ¿Sabe cómo le llamaba? ¡Juan Cepo de Iglesia! ¿Y sabe por qué? ¡Porque el muy bastardo robaba en cuanto podía las monedas del cepillo de San Roque para pasárselas al de San Luis! Levántese. Le espero en mi cuarto a la hora del paseo.

Sé que carezco de tiempo suficiente para acostumbrarme a ese techo demasiado bajo para quien lleva más de veinticinco años susurrando sus emociones a las estrellas. Dormiré las noches que me queden con la ventana abierta. Espero de algún modo combatir la perenne tristeza de las paredes. ¿Emociones? Alguien puede olvidarse alguna vez del sentido exacto de las palabras que conforman una oración, pero no de su sentimiento. ¿Qué es una oración sino el vuelo de un sentimiento? Cuando estés confuso, hazte silencio. Cuanto más confuso, más silencio. Y suéltate. Y dijo también, Juan Cepo de Iglesia Garmendia, ¿qué esperas? ¿Qué tienes de perder que no lo hayas perdido ya o no vayas a perderlo en el futuro?



¿Quiéren saber cómo es el allá? Aitá Mancisidor se sentó en la silla rústica en medio de la capilla. Tenía el pelo blanco. El temblor inaudito en sus manos. El allá son los hombres. Estamos rodeados de hombres por todas partes y somos demasiados pocos los que lo sabemos.

Supe de su contenido antes de rasgar el sobre. Es más : esperaba la noticia por otra parte demasiado demorada. Con cierta prevención acerqué el papel amarillo a la bujía. Ha muerto con ochenta y cinco años cuando realmente contaba cincuenta y dos. Consunción. Ha muerto sin concluir la hagiografía de Santa Rosa de Lima, en la que también participaste.

Todavía hoy reconozco los rasgos nerviosos trazados con fuerza en aquella escueta nota : Juan Cepo de Iglesia Garmendia, cuando llegue el momento deja algún folio en blanco para que alguien pueda sucederte.